

la misión de la iglesia*

La teoría y los hechos

¿Qué papel debe desempeñar hoy la Iglesia en la formación y reanimación de los fieles?

Cuando se trata de responder a esta pregunta, nos encontramos ante una dificultad concreta: *en teoría*, la respuesta es muy simple, porque todos sabemos muy bien que la Iglesia puede desempeñar un papel decisivo en la formación y reanimación de los fieles por medio de su doctrina y de sus sacramentos. Pero sin embargo, *en la práctica*, todos sabemos también que la Iglesia no desempeña ese papel decisivo en la formación y reanimación de los fieles. Y la prueba más clara de eso la tenemos en el hecho de que nuestra sociedad europea ha sido instruída y cultivada por la Iglesia durante muchos siglos y, sin embargo, hoy nos quejamos con razón de que esta sociedad resulta opresora y alienante desde muchos puntos de vista.

Esta situación nos viene a decir obviamente que las doctrinas de la Iglesia y sus prácticas religiosas son, de hecho, ineficaces para influir efectivamente en la conciencia y en los comportamientos de los más amplios sectores de la población que constituye a la Iglesia. Ahora bien, esta situación que de hecho existe en la Iglesia nos plantea un problema importante: ¿tiene la Iglesia una teología coherente acerca de su misión en el mundo y en la sociedad? ¿tiene la Iglesia, por consiguiente, una teología coherente sobre el papel que ella debe desempeñar en la formación y reanimación de los fieles?

* El presente artículo es el texto de una ponencia para el XIII Congreso Europeo de Antiguos Alumnos de jesuitas celebrado en Gante (Bélgica) del 20 al 24 del pasado agosto. Esta ponencia fue rechazada porque, según manifestó el presidente de la Federación Española de dichos Antiguos Alumnos, Don Carlos Sauras Ochoa, «por la envergadura y seriedad de su contenido, no es adecuada al nivel y a la forma en que lógicamente ha de ser tratada por los congresistas».

Para responder a estas cuestiones, es necesario tener presente, ante todo, que cuando se trata de la misión de la Iglesia, la teología no puede consistir en una buena teoría sobre ese asunto. Porque si los hechos no corresponden a esa teoría, entonces hay que decir que esa teología es incoherente y, por tanto, inaceptable. Se ha dicho acertadamente que el cristianismo no es sólo una explicación de la existencia, sino también y esencialmente una *renovación de la existencia*, cuyo momento implícito es la «teoría» ⁽¹⁾. Por eso, la pregunta hermenéutica fundamental que ha de plantearse auténticamente la teología no es tanto la pregunta sobre la relación entre pretérito (escritura, tradición) y presente, sino entre teoría y praxis ⁽²⁾. Y es claro que si este planteamiento vale para cualquier cuestión teológica, con más razón y de manera muy especial cuando se trata de la teología de la Iglesia y, más concretamente, de la misión de la Iglesia.

El fin y los medios

Lo que acabo de decir implica una consecuencia fundamental: cuando se trata de la misión de la Iglesia, lo verdaderamente decisivo no está en delimitar *el fin*, sino *los medios*. Porque cuando se trata de hacer algo en esta vida, lo importante no es sólo saber lo que se va a hacer, sino además y sobre todo contar con los medios eficaces para hacerlo. Ahora bien, la experiencia nos enseña que la Iglesia tiene una idea suficientemente clara de lo que debe hacer en el mundo y en la sociedad: salvar y liberar a los hombres, servir a los hombres para el logro de sus aspiraciones más profundas, con todo lo que eso implica ya desde ahora y en las condiciones de este mundo. Pero la experiencia nos enseña también que la Iglesia no realiza eso de hecho. Y el ejemplo más claro lo tenemos en nuestro viejo continente europeo, el continente en que, sin duda alguna, la predicación eclesial ha ejercido un influjo más duradero y más insistente, donde radica el centro institucional de la Iglesia, donde se ha elaborado la teología oficialmente establecida, donde la historia de la cultura y la historia de la fe se mezclan en una misma historia, donde por todas partes la Iglesia está presente en las instituciones y en las personas. Pero, sin embargo, la historia de Europa es la historia de las más grandes contradicciones con el mensaje de Jesús, porque es la historia de las persecuciones y las matanzas de herejes, judíos y paganos, la historia de la dominación y la esclavitud, la historia de las colonizaciones y la explotación a todos los niveles, la historia de los sistemas económicos y políticos más brutalmente represivos y alienantes.

(1) Cf. E. Schillebeeckx, *Interpretación de la fe*, Salamanca 1973, 99.

(2) O. c., 98.

Evidentemente, todo esto nos viene a enseñar que la teología de la misión de la Iglesia falla por algún sitio. Y, sin duda alguna, que falla por algo que es muy fundamental. Porque lo más sorprendente en todo este asunto es que la Iglesia institucional ha estado casi siempre en buena relación e incluso en estrecha colaboración con los más directos responsables de las persecuciones y las matanzas, con los protagonistas de la dominación y el mantenimiento de la esclavitud, con los agentes más cualificados de la colonización y la explotación hasta nuestros días. Es verdad que la Iglesia no quería ni quiere hacer esas cosas, como si en eso consistiera su fin específico. Pero no es menos verdad que la Iglesia oficial e institucional ha tolerado esas atrocidades, se ha callado ante ellas, y muchas veces ha colaborado directamente con los agentes del mal o por lo menos los ha legitimado de la manera más eficaz.

Ahora bien, todo esto quiere decir, 1.º) que la Iglesia ha sabido y sabe cuál es su *fin* pero no ha puesto en práctica los *medios* eficaces para el logro de ese fin. 2.º) que esos medios no pueden consistir solamente en la *predicación del mensaje* y en la *celebración de los sacramentos*, porque sabemos que la Iglesia ha puesto en práctica esos medios siempre y en todo lugar. Pero la experiencia nos enseña que esos medios han resultado de hecho ineficaces para conseguir que los hombres vivan como hermanos en una sociedad más humana y más justa. De ahí, la cuestión fundamental que hoy se nos plantea: ¿tiene la Iglesia una teología coherente acerca de su misión en el mundo y en la sociedad? ¿tiene la Iglesia, por consiguiente, una teología coherente acerca de los medios que ella debe poner en práctica para el logro de su misión?

Una organización que «neutraliza» el mensaje

La Iglesia no es ya solamente la comunidad de creyentes que convocó Jesús. La Iglesia no es ya solamente la comunidad de personas que, por la fuerza del Espíritu, han dado un paso decisivo en la vida y se han «convertido», abandonando de una vez por todas la escala de valores que presenta el «orden establecido» y han abrazado conscientemente la escala de valores que presenta el mensaje de Jesús. En la Iglesia —no podemos negarlo— hay algo de eso, incluso bastante de eso. Pero la realidad es que la Iglesia es, además de eso, otras muchas cosas. La Iglesia, en efecto, es una gran institución, extendida por todo el mundo y dotada de una fuerte organización cuyo centro es Roma. Esta institución es, además de una institución «religiosa», un organismo docente, asistencial, cultural, político, económico, etc. Esto quiere decir que la Iglesia se ha «especializado», es decir la Iglesia no es ya solamente la comunidad de los hombres y mujeres que viven unidos por la fe en Jesús, sino que además es la gran institución que mantiene y lleva adelante una cantidad considerable de obras y organizaciones «especializadas» en los más diversos campos de la convivencia humana.

Para hacerse una idea del volumen de organización y «especialización» que comporta la Iglesia católica, basta recordar que los sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares que trabajan a tiempo pleno para la organización, supera, en nuestros días, el millón y medio de personas. Evidentemente, este volumen de personas supone igualmente una cantidad de obras, instituciones y organizaciones cuyo número y entidad resulta imposible de calcular. Se trata de la más variada gama de actividades y organizaciones, desde las más estrictamente religiosas (parroquias, conventos, etc.) hasta las más profanas (centros de enseñanza e investigación, medios de comunicación social, organismos económicos y bancarios, etc.). Por lo demás, sabemos que esta organización masiva y multinacional se caracteriza, entre otras cosas, por su fuerte dependencia de Roma, debido a la centralización creciente que se va imponiendo en los últimos años. Sabemos, por ejemplo, que si el número de funcionarios que trabajan en la Curia Romana era de 1.322 en 1961, en 1971 era de 2.260 ⁽³⁾, es decir la organización central de la Iglesia católica ha doblado prácticamente el número de sus empleados durante los años que han seguido al Concilio Vaticano II, lo que supone que el aparato organizativo se ha complicado aún más. Y, por consiguiente, el proceso de «especialización», en vez de disminuir, va claramente en aumento.

Es verdad que si la Iglesia se ha «especializado» de esta manera y en el sentido que acabo de explicar, ello se debe a que los responsables de la institución eclesial han considerado que todo eso es necesario para que la Iglesia pueda cumplir mejor su misión en el mundo y en la sociedad. Por eso la Iglesia se ha dedicado a la enseñanza, a la investigación, a la asistencia caritativa, a la difusión de sus ideas y tantas otras actividades. Todo eso, en principio, es coherente. Y nadie puede dudar del bien que ha hecho la Iglesia, a lo largo de los siglos, en el terreno de la educación, la asistencia a los necesitados, la promoción de la cultura desde los más diversos puntos de vista. Pero la verdad es que, si queremos ser enteramente objetivos, no podemos mirar las cosas sólo desde ese ángulo. Porque, lógicamente, para llevar tantas empresas adelante, la Iglesia ha necesitado y sigue necesitando unos medios económicos cuantiosos, un reconocimiento social y público, una convivencia equilibrada con relación a los poderes políticos y financieros, un prestigio cultural y, en definitiva, una adaptación al complicado sistema de intereses que de hecho operan en la sociedad. Ahora bien, todo esto quiere decir que la «especialización» de la Iglesia ha segregado inevitablemente unos «intereses» que la institución eclesial tiene que mantener y potenciar, si es que quiere sobrevivir, tal como funciona, en una sociedad como la nuestra.

(3) Cf. R. LAURENTINI, *Nouveaux ministères et fin du clergé*, Paris 1971, 34.

Los «intereses» de la institución

Estos «intereses» de la institución eclesiástica son tan variados y complejos como variadas y complejas son las empresas y organismos que la «especialización» de la Iglesia ha montado en la sociedad. Por eso, todo el mundo sabe que la Iglesia tiene y defiende unos «intereses» de tipo económico, otros que son de tipo ideológico, otros que se mueven en el terreno de lo estrictamente político. Por supuesto, a nivel de *las ideas*, la Iglesia hace todo eso para gloria de Dios y servicio del hombre; pero en el nivel concreto de *los hechos*, la verdad es que se trata de verdaderos «intereses» económicos, ideológicos y políticos. Por eso, sin duda, la historia de los últimos cien años nos ha enseñado la enorme tolerancia que la Iglesia ha tenido —y sigue teniendo— con los sistemas sociopolíticos de signo capitalista, mientras que su actitud es enteramente distinta frente a los movimientos de orientación socialista, que por lo general han sido anticlericales, es decir opuestos a los «intereses» de la institución eclesiástica⁽⁴⁾.

Todo esto quiere decir que en la Iglesia co-existen, como fruto de su «especialización», unos *finés* estrictamente evangélicos y unos *intereses* estrictamente mundanos. Porque, en definitiva, se trata de intereses basados en el dinero el poder y el prestigio. Es decir, en la Iglesia co-existen dos grandes fuerzas de signo estrictamente contradictorio: de una parte, la fuerza de los fines evangélicos que la Iglesia no se cansa de predicar constantemente; de otra parte, la fuerza de los intereses antievangélicos que la misma Iglesia defiende con toda energía y con todo convencimiento. Ahora bien, la consecuencia práctica y concreta que se sigue de todo esto es que la organización eclesiástica «neutraliza» la fuerza del mensaje evangélico que la misma Iglesia no cesa de proclamar ante los hombres.

¿Por qué se produce esta «neutralización» del mensaje evangélico en la Iglesia y a causa de la misma Iglesia? Ante todo, por *la dinámica inherente a la organización* eclesiástica. La Iglesia, bien lo sabemos, es una realidad divina y sobrenatural. Pero es también una institución social, que funciona en este mundo y que, por consiguiente, se ve sometida a las formas de comportamiento de las organizaciones de este mundo. Ahora bien, todos sabemos que las organizaciones son unidades sociales que persiguen fines específicos; su verdadera razón de ser está en conseguir tales fines. Pero, una vez formadas, las organizaciones adquieren necesidades propias, y éstas se constituyen a veces en las dueñas de la situación. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, cuando una funda-

(4) Cf. F. HOUTART, *Les religions comme réalités sociales*, en *Bilan de la théologie du XX siècle*, París 1970, vol. I, 63-75.

ción gasta más dinero en pagar a su personal dirigente, sus construcciones y su publicidad que en hacer la caridad, fin para el que la organización fue montada y para el que recauda sus fondos⁽⁵⁾. En otras palabras, esto quiere decir que toda organización se ve constantemente amenazada de confundir, en la práctica, los intereses de la institución con los fines para los que ha sido creada esa institución. Y no sólo de confundir los intereses con los fines, sino, lo que es más grave, anteponer los intereses a los fines. Por eso, es frecuente que la Iglesia, en cuanto institución social organizada, cuyo fin es conseguir que los hombres vivan el mensaje de Jesús rechazando toda servidumbre ante el dinero, el poder y el prestigio, sin embargo, a la hora de la verdad, esta misma Iglesia se afana por mantener un montaje económico de considerable envergadura (con el inevitable tributo al sistema económico imperante), por salvaguardar a todo precio su prestigio y por acrecentar su poder real y efectivo en la sociedad. Es verdad que, por lo general, los dirigentes de la institución eclesiástica buscan el dinero, el poder y el prestigio porque están persuadidos de que todo eso es necesario en este mundo, para que se pueda llevar a cabo la evangelización de los hombres. Pero en la práctica resulta que, de esa manera, los hombres ven muchas veces que la Iglesia se preocupa más por buscar sus *intereses* que por lograr sus *fines*. Y así, lo que sucede con demasiada frecuencia es que la Iglesia tiene efectivamente dinero, poder y prestigio, pero no hace presente en la sociedad el mensaje de Jesús.

Esta última afirmación debe ser explicada. Se trata de un problema de coherencia. Quiero decir que mucha gente encuentra cada día menos coherencia entre el «modelo oficial» de la religión (en nuestro caso la Iglesia institucional) y las aspiraciones de significado último que esa misma gente busca y espera encontrar en la Institución religiosa. La razón de este fenómeno está en que la Iglesia, como he explicado antes, ha asumido una serie de tareas seculares y mundanas, que motivan a su vez toda una serie de «intereses» igualmente seculares y mundanos. De ahí que la Iglesia continúa *hablando* de las cuestiones «últimas» de la vida, pero al mismo tiempo está *haciendo* demasiadas cosas que no tienen nada que ver con esas cuestiones «últimas» o incluso las contradicen manifiestamente. Un ejemplo en este sentido: lo que los sacerdotes y educadores predicán pero no practican es interiorizado por los niños y los jóvenes como un sistema de retórica más bien que como un sistema de significado «último». En el límite de este proceso, nos encontramos con una situación en la que una cantidad innumerable de individuos están socializados en el modelo «oficial» de la religión, pero en la que casi nadie toma el modelo al pie de la letra. Las prácticas religiosas se cumplen entonces por una variedad de motivaciones

(5) Cf. A. ETZIONI, *Les organisations modernes*, Gembloux 1971, 17.

que, en el fondo, quizás no son religiosas; y las creencias religiosas se ven convertidas en opiniones (como por ejemplo la afirmación de que Dios es omnipotente) que no guardan relación directa con las prioridades efectivas de la conducta de los individuos⁽⁶⁾.

Una cuestión de desajuste

La consecuencia última que se sigue de este estado de cosas es el *desajuste radical* en la vida de los fieles. Mucha gente sigue teniendo fe. Es más, con frecuencia esa fe empuja a los individuos a buscar precisamente lo que predicaba y practicaba Jesús de Nazaret: una convivencia más humana entre los hombres, una existencia basada, no ya en la pasión por poseer, por dominar y por brillar, sino en la igualdad entre todos, en la fraternidad entre todos porque todos somos hijos del mismo Padre, en la libertad y en el amor. Pero la verdad es que el modelo «oficial» de la religión no responde *con los hechos* a esas aspiraciones, sino que por el contrario, debido a su alto grado de «especialización», la Iglesia institucional se ve constantemente complicada en el entramado sucio de los «intereses» económicos, sociales y políticos que determinan las relaciones humanas e institucionales a todos los niveles. De donde resulta la ambigüedad en las palabras, la indecisión en los compromisos, la falta de transparencia en los hechos y, en última instancia, la contradicción entre lo que mucha gente busca y lo que la Iglesia ofrece.

Ahora se comprende lo que he querido decir cuando he afirmado que la organización eclesiástica «neutraliza» el mensaje de Jesús. He querido decir que no tenemos una teología coherente y competente sobre la misión de la Iglesia. Porque cuando vemos y palpamos el fracaso de esa misión en la sociedad actual, buscamos una escapatoria afirmando que eso se debe a la presencia del pecado en la sociedad y más en concreto en los cristianos y en los dirigentes eclesiásticos. Pero no tenemos la audacia de pensar en serio si ese fracaso no tendrá su verdadera razón de ser en el modelo de organización eclesiástica que se nos ha impuesto; un modelo que no ponemos nunca en cuestión porque lo consideramos intocable. Eliminar el pecado en la sociedad y en la Iglesia es algo que no está en nuestras manos; organizar a la Iglesia de esta manera o de otras posibles maneras, eso sí depende de nosotros. Por eso he dicho antes que el recurso fácil y descomprometido a la presencia del pecado, es una auténtica escapatoria, un producto típico de la ideología del sistema eclesiástico.

Estando así las cosas, nosotros los teólogos decimos que la misión de la Iglesia es salvar a los hombres, liberar a los hombres del pecado y de las

(6) Cf. T. LUCKMANN, *La religión invisible*, Salamanca 1973, 100-101.

consecuencias del pecado. Y nosotros los teólogos decimos también que la Iglesia cuenta con unos medios concretos para realizar esa misión: la proclamación del mensaje y la celebración de los sacramentos. Pero la verdadera cuestión está en saber si, desde su organización actual, la Iglesia puede proclamar el mensaje de forma que resulte creíble y aceptable; y si ella puede celebrar los sacramentos de una manera coherente. Sólo cuando tengamos la audacia de responder a esta cuestión, podremos afirmar que la Iglesia tiene una teología competente sobre su misión en el mundo y en la sociedad actual.

Coherencia en la misión

Si queremos elaborar una teología competente sobre la misión de la Iglesia, debemos afrontar con honradez y sinceridad los dos problemas mayores que, a mi manera de ver, se nos plantean a este respecto: 1) ante todo, el problema de la relación entre la Iglesia y el Evangelio; 2) en segundo lugar, el problema de la coherencia entre el mensaje y la celebración.

1) Iglesia y Evangelio

Es un hecho que, para muchos creyentes y no creyentes, la relación entre la Iglesia y el Evangelio resulta confusa y problemática. Por la sencilla razón de que la Iglesia ha llegado a organizarse de tal manera que de ella no se puede decir que es el conjunto de personas que viven de acuerdo con el Evangelio o, al menos, que se esfuerzan por vivir de esa manera. Es decir, el Evangelio no configura ni delimita a la Iglesia.

Esto se debe a una razón fundamental: el hecho generalizado del bautismo de los niños ha provocado, como consecuencia inevitable, que el ingreso en la Iglesia no se debe ya al *acontecimiento religioso* de la conversión a la fe, sino al *hecho sociológico* del nacimiento en una familia de bautizados. De ahí que los miembros de la Iglesia no son necesariamente los *convertidos* al Evangelio, sino los *nacidos* en determinados países o en determinados grupos sociológicos. En consecuencia, la Iglesia ha dejado de ser la comunidad de los convertidos al mensaje de Jesús y se ha configurado como la gran masa de los bautizados.

Esta situación ha sido admitida, legitimada y defendida como lo mejor para la Iglesia. Los teólogos han buscado y han encontrado «buenos» argumentos en ese sentido. Y los dirigentes eclesiales no han tolerado que esta situación de hecho se ponga seriamente en cuestión. Todos vemos, es verdad, que de esta manera la Iglesia no puede ser definida ni delimitada por el mensaje de Jesús. Pero no parece que eso resulte demasiado preocu-

pante para los dirigentes de la Iglesia. Más bien se puede decir exactamente lo contrario: si un buen día todos los creyentes nos llegáramos a persuadir de que la Iglesia se tiene que definir y delimitar por el Evangelio, ¿no habría que deducir de eso unas consecuencias prácticas que nos resultan sencillamente aterradoras?

Estando así las cosas, el Evangelio ha sido leído y comprendido desde esta situación admitida como indiscutible. En consecuencia, el Evangelio ha sido interpretado desde la situación de la Iglesia y no al contrario. Es decir, la situación de la Iglesia no ha sido interpretada, discutida y adaptada a las exigencias del Evangelio. O en otras palabras, el Evangelio se ha acomodado a la organización eclesiástica y no la organización eclesiástica al Evangelio.

A partir de este planteamiento, jamás abiertamente confesado pero siempre implícitamente admitido, la eclesiología ha sido elaborada a partir de los textos del Nuevo Testamento que se prestaban a ser «utilizados» por la ideología del sistema para legitimar y potenciar la autoridad y los poderes del estamento dirigente, mientras que los textos evangélicos que no podían ser «utilizados» en ese sentido fueron sorprendentemente marginados o interpretados como consejos ascéticos o como palabras piadosas que no tenían más función que alimentar la vida espiritual de los cristianos. Por ejemplo, el poder de «atar y desatar», que en Mt 16, 19 es concedido a Pedro, en Mt 18, 18 se concede a todo miembro de la comunidad. Pero curiosamente la eclesiología ha tomado en consideración sólo el primero de esos textos, hasta hacerle decir que el obispo de Roma tiene un poder absoluto sobre los reyes y emperadores, según la interpretación de los defensores de la *plenitudo potestatis*⁽⁷⁾, mientras que Mt 18, 18 ha sido extrañamente olvidado o incluso ha sido «manipulado» al servicio de la autoridad y de la situación establecida. Lo mismo se puede decir a propósito de la metáfora de la *roca*, que en Mt 7, 24 y Lc 6, 48 se refiere a la solidez y consistencia de la fe que no se limita a oír el mensaje sino que lo pone en práctica. Pero es un hecho que este sentido fundamental de la *roca* no ha sido tomado en consideración por la eclesiología, mientras que la misma metáfora en Mt 16, 18 se ha venido a erigir en el pilar básico de la estructuración y organización de la Iglesia. Evidentemente si la eclesiología hubiera tomado tan en serio la *roca* de Mt 7, 24 como lo ha hecho con la de Mt 16, 18, hoy tendríamos una Iglesia estructurada y configurada a partir de las bienaventuranzas y de las palabras de Jesús en el sermón del Monte. Pero está fuera de duda que eso resulta sencillamente imposible en una Iglesia que se compone en la práctica de casi toda la gente que nace en determinados países o en determinados grupos sociológicos.

(7) Está demostrado que los papas y los teólogos que defendieron la *plenitudo potestatis* se fundaron bíblicamente en el texto de Mt 16, 18-19. Sobre este punto, cf. J. A. WATT, *The Theory of Papal Monarchy in the thirteenth Century*, London 1965, 83-92.

A partir del momento en que todos los súbditos del Imperio se vieron obligados a abrazar la religión «que el divino apóstol Pedro entregó a los romanos», según nos informa el *Codex Theodosianus*⁽⁸⁾, La Iglesia se vió inevitablemente obligada a interpretar el Evangelio de acuerdo con la nueva situación. Ahora bien, en el Imperio había nobles y plebeyos, señores y esclavos, dominadores y dominados. En consecuencia, las palabras de Jesús que hablan de igualdad entre todos los miembros de la comunidad cristiana y más aún las palabras evangélicas que se refieren a la primacía de los débiles, los pobres, los desgraciados y los que no cuentan en la vida, fueron vaciadas de su contenido. Tales palabras ya no podían ser palabras normativas para la Iglesia, sino simplemente consejos piadosos para las almas o ideales utópicos inalcanzables. Por la misma razón, la Iglesia se vió también obligada a desobedecer expresamente las palabras de Jesús según las cuales en la comunidad cristiana no debe haber «señores» (Mt 23, 8) y menos aún «monseñores», ni tampoco «padres» (Mt 23, 9), ni «dirigentes» (Mt 23, 10), ni nadie que domine a los demás (Mt 20, 25-28 y par.). Como se vió igualmente obligada a desobedecer la exigencia evangélica según la cual el signo distintivo por el que se reconoce a los miembros de la comunidad no es la práctica de unos determinados rituales, sino el amor efectivo que autentifica al cristiano (Jn 13,35).

Los ejemplos en este sentido se podrían amontonar sin especial esfuerzo. Pero no hace falta. La cuestión que aquí debemos plantearnos es por qué y en virtud de qué principio la teología y el magisterio eclesiástico han discriminado los textos evangélicos, asumiendo unos como palabras normativas para la estructuración de la Iglesia y rechazando otros que han quedado relegados a simples consejos para que cada uno los viva en la intimidad de su conciencia.

Yo no sé si hoy la Iglesia está en condiciones de afrontar esta cuestión. Me parece que el aparato organizativo es de tal manera sólido y consistente que en la práctica va a resultar muy difícil que este asunto se tome verdaderamente en serio. Y eso por dos razones: ante todo, estamos de tal manera persuadidos de que el bautismo de los niños debe seguir practicándose como hasta ahora, que en la práctica se ha tomado en firme la opción por una Iglesia de masas, pero en una Iglesia *masificada* (tal como existe desde el edicto de Teodosio) es imposible que el Evangelio sea el principio estructurante de tal Iglesia. En segundo lugar, en una Iglesia *especializada* (tal como antes he indicado) es igualmente imposible que el Evangelio configure y delimite a tal Iglesia, porque, como acabamos de ver, los «intereses» mundanos de la institución no coinciden con los «fines» evangélicos e incluso muchas veces entran en conflicto con la letra y con el espíritu del Evangelio.

(8) XVI, 1, 2, ed. TH. MOMMSEN, I/2, 833.

Conclusión: en la Iglesia existe un doble convencimiento profundamente enraizado en la conciencia de clérigos, teólogos y fieles. Según este doble convencimiento, la Iglesia abarca y debe abarcar a la gran masa de los bautizados; y además, la Iglesia no se puede limitar al hecho fundamental de la comunidad de creyentes que se unen por la fe, la esperanza y el amor, porque la Iglesia, además de eso y aún a costa de eso, debe mantener sus obras e instituciones, es decir su alto grado de «especialización». Ahora bien, si somos consecuentes, no tenemos más remedio que aceptar que todo eso representa una dificultad insuperable en la práctica para que la relación entre la Iglesia y el Evangelio resulte un hecho transparente. Pero entonces, ¿cómo puede la Iglesia anunciar el mensaje de Jesús y celebrar los símbolos de la fe de manera que esos medios sean de hecho la puesta en práctica de su misión ante el mundo? He aquí la cuestión más grave que hoy debe afrontar la Iglesia.

2) Mensaje y Celebración

Sabemos que los medios que Cristo ha confiado a su Iglesia para desempeñar su misión son la proclamación del mensaje y la celebración de los sacramentos. Así consta en el mandato fundamental de Cristo a su comunidad (Mt 28, 19-20). Y así lo ha entendido siempre la tradición cristiana. Por otra parte, sabemos que la celebración, en cuanto celebración de los «sacramentos de la fe», debe ser siempre la respuesta coherente y consecuente de los creyentes a la interpelación del mensaje. De este asunto se han preocupado ampliamente los teólogos en los últimos años sobre todo. Y es una cuestión que *en teoría* no ofrece dificultad.

Pero eso es una buena teoría. Porque sabemos que *en la práctica* las cosas no funcionan así en la Iglesia. Por una razón que se comprende fácilmente: dado que la Iglesia se compone de la gran masa de los bautizados, la administración de los sacramentos se ha convertido prácticamente en la celebración de servicios religiosos puestos a disposición del público. Es decir, la gente participa en los sacramentos indiscriminadamente, tanto los que viven de acuerdo con el mensaje de Jesús como los que viven en desacuerdo con ese mensaje.

Ahora bien, mientras las cosas sigan de esta manera, la Iglesia no puede cumplir con su misión evangelizadora. Y ello por tres razones que se comprenden sin dificultad.

En primer lugar, por una razón teológica fundamental, a saber: la necesaria unión y coherencia que tiene que existir entre la Palabra que se anuncia y el Sacramento que se celebra. Porque Palabra y Sacramento son los dos momentos

fundamentales del único acontecimiento de Cristo Salvador. Ahora bien, los hombres no podemos dividir a Cristo. Pero el hecho trágico es que la Iglesia lo está dividiendo en su acción pastoral. Lo está dividiendo en cuanto que la Palabra que se predica apunta a unas exigencias que luego el Sacramento ignora.

En segundo lugar, porque, estando así las cosas, la Iglesia se contradice en un sentido concreto: lo que se dice con la palabra predicada se contradice con el sacramento celebrado. Porque la palabra es exigente, de acuerdo con el mensaje de Jesús; mientras que el sacramento es tolerante, de acuerdo con los rituales socialmente establecidos. De donde resulta que mientras, por un lado, la Iglesia está intentando *formar la conciencia* de los fieles (por medio de la predicación y la instrucción religiosa), por otro lado, está *deformando la experiencia* religiosa de esos mismos fieles (por medio de la práctica religiosa establecida). Es decir, por una parte, afirmamos y no nos cansamos de repetir que hay que vivir de acuerdo con el Evangelio; pero, por otra parte y al mismo tiempo, admitimos a la celebración sacramental a quienes viven de espaldas al Evangelio. Por una parte, pronunciamos palabras comprometidas con el mensaje de Jesús; pero, a renglón seguido de esas palabras, celebramos los sacramentos de manera que ya ni tiene sentido hablar de un sacramento comprometido. ¿Qué sentido, en efecto, puede tener el hablar de un «bautismo comprometido», de un «matrimonio comprometido» o de una «eucaristía comprometida»? Decididamente, lo que se evangeliza con la palabra se desautoriza con el sacramento. Sabemos, por ejemplo, que en las ceremonias de entronización de los últimos pontífices, el mundo entero ha podido ver a través de las cadenas de televisión cómo asistían a la celebración de la eucaristía en un lugar preferente personas que detentan altos cargos de gobierno y que atropellan sistemáticamente los derechos fundamentales de la persona. Evidentemente que quienes han visto eso con un elemental sentido crítico, no pueden tomar en serio las palabras pontificias sobre los derechos del hombre. Y si alguien dice que ese tipo de ceremonias tienen más un carácter social o político que estrictamente religioso, debemos responder que eso precisamente es lo que nos parece inadmisibile: que la Iglesia haya venido a organizarse de tal manera que la celebración eucarística haya terminado por perder su sentido fundamental.

En tercer lugar, hay una razón de orden sociológico que me parece decisiva. Es un hecho que nuestra sociedad europea sigue siendo religiosa. Y la prueba está en el aprecio que la gente sigue haciendo de los bautizos, las bodas y los entierros. Por supuesto, que todo eso tiene mucho que ver con lo mágico. Pero el hecho está ahí. Ahora bien, si el fenómeno religioso sigue jugando un papel importante en la vida de amplios sectores de la población, es evidente que ese fenómeno juega una carta decisiva en el proceso de la evangelización.

Pero, ¿qué es lo que sucede con demasiada frecuencia? Muy sencillo: el hecho religioso ha crecido por sí solo, a merced del capricho popular y a merced también de los intereses de los poderosos. Porque ni se ha exigido que las prácticas religiosas sean siempre coherentes con las exigencias del Evangelio, ni se han adoptado las medidas necesarias para que los que tienen en sus manos el poder no puedan «manipular» la religiosidad para provecho de sus intereses. Los poderosos, en efecto, han comprendido muy bien que necesitan de la religión como principio de «legitimación» ante el pueblo, pero con tal que la religión no resulte molesta o amenazante para el poder establecido.

La consecuencia inevitable de todo esto es que la Iglesia se ha hecho completamente inofensiva para el sistema establecido. La Iglesia habla de los altos ideales de la vida cristiana, habla de la justicia, la libertad, la igualdad entre todos los hombres y las cosas más excelentes que se puedan imaginar. Pero todo eso no tiene ningún poder efectivo frente al poder económico que actúa a través de la sociedad de consumo, ni frente al poder político que actúa por medio de sus eficaces medios represivos. ¿Cómo puede entonces actuar la Iglesia para cumplir con su misión?

Un programa para la misión

Con timidez, pero con toda sinceridad, me atrevo a proponer las líneas fundamentales de un programa para la misión de la Iglesia en nuestra sociedad. Estas líneas fundamentales serían dos:

1) Ante todo, sería necesario abandonar el modelo masivo de Iglesia que hoy tenemos. Sería necesario, por consiguiente, abandonar la práctica generalizada del bautismo de los niños. Y sería necesario, en consecuencia, optar por un modelo de Iglesia basado en la formación de grupos comunitarios en los que las exigencias del Evangelio quedaran bien delimitadas y claramente propuestas. Comunidades de personas que saben muy bien a lo que se comprometen cuando deciden libremente entrar a formar parte de la comunidad. Comunidades en las que todos se sienten responsables y protagonistas de la misión de la Iglesia. Comunidades no disociadas las unas de las otras, sino estrechamente relacionadas y unidas, tarea que podría ser desempeñada por determinados «ministerios» dentro de cada comunidad. Comunidades siempre atentas para no caer en la fácil tentación del sectarismo. Y, por último, comunidades en las que se asegure un mínimo de institucionalización, que asegure la pervivencia, pero en las que se evite el exceso de organización, que petrifica la creatividad y el carácter utópico de toda comunidad verdaderamente evangélica.

2) En segundo lugar, sería necesario abandonar el modelo de Iglesia «especializada» que hoy tenemos. Yo sé muy bien que esto resulta escandalosamente inconcebible. Seguramente más inconcebible que lo que acabo de indicar hace un momento. Sin embargo, me atrevo a proponerlo. Porque considero que en este asunto la Iglesia se juega algo muy grave. Si la Iglesia continúa con su gran organización de obras e instituciones a todos los niveles, la Iglesia no tiene más remedio que estar en buena armonía con los poderes económicos, políticos y sociales que hoy dominan en la sociedad. Pero si la Iglesia mantiene esa buena armonía, es indudable que eso lo tiene que hacer a costa de callar unas veces, de disimular otras, o de hablar casi siempre desde la ambigüedad. Por otra parte, es evidente que si la Iglesia calla y disimula muchas veces cuando en determinados países se violan los derechos de la persona humana, la intención de los dirigentes eclesiásticos no es otra que mantener lo que se puede mantener, es decir obtener por lo menos que a la Iglesia no se le prohíba enseñar la doctrina cristiana y celebrar los sacramentos. Pero entonces, ¿cuál es el precio de esa limitada libertad? Sencillamente, la mutilación del mensaje y además, a veces, la «legitimación» de los poderes constituídos. Cuando se lee la historia de la Iglesia primitiva, uno se queda impresionado de la firmeza de aquellos creyentes. Hace la impresión de que no tenían mucho que perder, quizás solamente la vida. ¿Sería pedir demasiado si hoy proponemos algo parecido? Si todos estamos de acuerdo en que nuestra sociedad es injusta y alienante desde no pocos puntos de vista, ¿cómo se explica que en esta sociedad la Iglesia sea aceptada, sea aplaudida, sea incluso pagada económicamente y hasta viva en buena relación con los más directos responsables de la injusticia y la alienación? ¿No nos viene a decir eso que nuestras palabras sobre el Evangelio y nuestras celebraciones sacramentales son, de hecho, una pieza más del complicado sistema represivo y alienante que vivimos? Por lo menos, valdría la pena intentar responder a esta cuestión.

José M. Castillo, S.I.
Facultad de Teología
GRANADA – España